

ALFONSO GUERRA
San Sebastián
6 Febrero 2011

“Queridas compañeras, queridos compañeros, amigas y amigos:

Yo acudo hoy aquí a este salón a presentar un libro, un libro de recuerdo de Fernando Múgica. Y en nombre de la Fundación Pablo Iglesias tengo que expresar, primero, el orgullo de la Fundación de poder editar este libro y segundo, el agradecimiento a todos los que lo han hecho posible, en primer lugar a Txiki Benegas que lo ha escrito y después a todos los que se han prestado con sus testimonios, especialmente la familia Múgica, a aportar los datos necesarios para el libro, y naturalmente a las personas que lo han hecho posible físicamente, la Fundación Pablo Iglesias.

Pero no sólo venimos a presentar un libro, venimos también a un acto de recuerdo, y no quiero más, no quiero menos, que sentir esta mañana en este salón el palpito del corazón de Fernando.

Pero confieso que hablar de Fernando Múgica aquí quince años después de su muerte me enreda en la nostalgia, en la melancolía y en la tristeza. Cuando fue asesinado, como a tantos me dominaba la rabia, la incontenible furia por la brutal injusticia. Hoy mis sentimientos son muy diferentes, pasados tantos años. Me cuesta hablar de Fernando sin tenerlo con nosotros; me parecería natural que estuviera en este acto con nosotros. Sin su presencia, sin su humanidad, podemos decir como el poeta: “La muerte restituye al silencio su prestigio hechizante”. Nos queda el recuerdo de su vida intensa,

sincera, comprometida. Tuvimos la fortuna de compartir con él momentos que no pasarán al olvido.

Fernando conocía el secreto de la vida: no temas ni anheles el último día. Fernando lo supo hasta su último momento, no se cansó su espíritu antes que su cuerpo. No se nos perderá su alma, su verdad. Porque qué muerto sigue en pie: aquel al que no roe el hueso del olvido. Por eso recordamos hoy aquí a Fernando, lo hacemos vivir porque los muertos viven en la memoria de los vivos.

Cuando la situación del hombre es límite es cuando se enfrenta a las tres esenciales apariciones de la nada: la muerte, el silencio y el olvido. Será del amigo Fernando eterna su presencia entre nosotros pues, de él lo aprendimos, amor sigue siendo un vaso de locura. Y quiero por eso cantar en nombre de Fernando las palabras de luz, de bondad, de alegría, de lección y ejemplo de su vida de entrega, de su verdad de vida, porque Fernando sabía bien que no es acabar morir sino saberlo.

Su familia, sus amigos, sus vecinos, sus compañeros pueden estar orgullosos de haber compartido con Fernando penalidades y alegrías. Una vida muy humana llena de afectos y de rabia ante las injusticias, la primera la de segar la vida como hicieron con él y con tantos otros. Fernando es verdad que fue una personalidad especial, un hombre de convicciones y un hombre práctico. Sus profundas convicciones democráticas y socialistas las apostaba con fuerza por la justicia, por la verdad y por el estado de Israel, con el que se sentía íntimamente comprometido como su hermano Enrique. Tuve ocasión de comprobar su emoción, la de Fernando, por el pueblo israelí, visitando juntos kibutzs, desiertos y ciudades bajo el impacto de la sugestión por lo que veía.

Fernando poseía además un humor impulsivo –lo heredó su hijo Rubén–, pero era un hombre serio, riguroso –lo tomó su hijo Fernando–, que mantenía posiciones moderadas y justas –las que sigue su hijo José María–. Fue desde luego un hombre claro, claro para todo y para todos. También a la hora de enjuiciar los crímenes del terrorismo. No entendía, tampoco yo, las posiciones equilibristas ni las de los siempre comprensivos que fantasean con razones políticas. No es posible aceptar el papel de seda para envolver los crímenes. La sociedad democrática debe defender su libertad, su vida contra el crimen organizado. No importa bajo qué siglas se esconda. Respeto a las víctimas y sobre todo respeto a la verdad. Así era Fernando.

Cuando llegué aquí a la llamada de la muerte del amigo se agolpaban en mi mente muchas reflexiones. De ellas entresaco la del general Riego: “ser español es temblar”, aún sigue siendo una verdad en este trozo de España, donde fanáticos con nombres y apellidos se enseñorean con el crimen y la persecución. “¿Qué hicimos mal?”, me preguntaba, para que aún hubiera aquí que reivindicar los derechos que son un natural ejercicio en otros lugares del país. ¿Qué razón histórica, si esta existiera, valdría sobre la vida de tantos muertos?. Ninguna doctrina vale más que la dignidad de un ser humano. No hay explicación, razón, historia, ni condición política capaz de sobreponerse al derecho a vivir, al dolor de las familias y de los amigos de los asesinados. Y para todos vale lo que digo. A los asesinos, a los complacientes, a los que desvían su mirada, también a los que de corazón combaten la coacción. Es imposible el triunfo de la destrucción y la barbarie.

Seguid amigos, compañeros, la senda trazada por Fernando. Aprended a distinguir las voces de los ecos.

Atended al débil, despreciad al arrogante. No anheléis comer en la mesa del poderoso. Sed libres y sed felices pero que vuestro lema sea el de Fernando: se más feliz que yo. No veneréis el dinero, no creáis a los fariseos que levantan el mercado hasta los altares, rebelaos contra la injusticia no dudando en arriesgar por una causa justa. Seguid el principio que seguía Fernando: la dignidad humana es más importante que la fuerza de una doctrina y la libertad no puede existir sin responsabilidad.

Rubén, Fernando, José María, Enrique, Mapi: no podemos aspirar a llenar el vacío de Fernando entre vosotros; sólo aspirar a que sepáis que vuestra soledad es también nuestra. El recuerdo que para siempre tendréis es nuestro también.

En esta modesta pero querida memorabilia de Fernando, quiero citar unas palabras de Albert Camus que me hacen pensar en él, en vuestro padre, en vuestro esposo, en vuestro hermano: "Llega siempre un tiempo en que hay que elegir entre la contemplación o la acción. Existe Dios o el tiempo, esta cruz o esta espada. Hay que vivir con el tiempo y morir con él o sustraer a él para una vida más grande. Se puede vivir en el siglo y creer en lo eterno, eso se llama aceptar. Pero me opongo a este término y quiero todo o nada. Si elijo la acción no se crean que la contemplación es para mí una tierra desconocida, pero no puede dárme todo y, privado de lo eterno, quiero aliarme con el tiempo. No quiero tener en cuenta la nostalgia ni la amargura y lo único que quiero es ver con claridad. El hombre no puede nada y sin embargo lo puede todo. Hasta aquí, la grandeza de un conquistador era geográfica, se medía por la extensión de los territorios vencidos. Pero ahora la grandeza ha cambiado de campo. La grandeza hoy está en la protesta ante lo injusto, en el sacrificio sin porvenir, sin ventajas, porque debéis saber

que todo hombre puede igualar a un Dios en algunos momentos de su vida. Se debe a que en un relámpago ha sentido la asombrosa grandeza del espíritu humano”.

Esa fue la grandeza que transmitía Fernando. Es la grandeza que yo conservo en mi recuerdo. Porque existen unos pocos seres superiores que se sienten serenos y sonrientes, y una gran armonía suena a su alrededor. Esto es estar en paz. Inútil es huir a los desiertos, a la cima de las rocas si el remordimiento y el mal humor hasta ahí nos persigue. Y si tenemos esa paz no nos hace falta hacer tales experimentos. El único retiro verdadero es el del corazón. El único descanso verdadero es el reposo de las pasiones, de la ambición. Hasta hay personas como Fernando, que poca diferencia les hace ser jóvenes o viejos. Mueren como han vivido: con una resignación elegante. A nosotros nos quedó la rabia por su muerte en este trozo de planeta por donde cruza errante la sombra de Caín. Todos los días son buenos para recordar al amigo, al compañero, pero esta mañana no se repetirá nunca más. Recordamos quince años después de la desaparición violenta de Fernando. Y aunque todas las cosas están condenadas a su decadencia, ojala podáis decir años después que hemos construido el monumento más hermoso a la memoria de Fernando: el del recuerdo y el amor trascendiendo el paso del tiempo y los avatares de la vida y la política.

Fernando buscó la verdad y encontró la libertad, y la injusticia de su final. Supo con todo mantener su independencia intelectual. La civilización moderna es la de la interrogación, para la que la búsqueda del hombre ejemplar, sin el cual ninguna civilización se realiza del todo, es pieza fundamental. Fernando simboliza ese hombre efímero o ideal: como queráis llamarle. Aquel para el que no existen naciones menores, colectividades inferiores, sino

naciones fraternales: las viejas naciones de espíritu. Más allá de la política contingencial. No se trata de refugiarnos en el pasado, en derechos muertos en el tiempo, sino inventar el porvenir que la vida exige de nosotros. Y a la juventud debo recordar cómo las armas se oponen al espíritu, y cómo convertir en su divisa los principios que amaba Fernando: cultura y valor. Y Fernando, y su carácter, hombre de impulsos y hombre de reflexión, simpático y grave, sereno y locuaz. Porque ¿quién entierra una sonrisa?, ¿quién amuralla una voz?

Os contaré una pequeña historia de la que tuve conocimiento más tarde, después de la muerte del amigo. Sentía Fernando un aprecio infinito por un libro que relejó en muchas ocasiones. Su título: "El legado"; subtítulo: "La civilización y los judíos". En una ocasión, en que con generoso impulso creyó que me debía algún homenaje o agradecimiento, decidió hacerme el presente de tanpreciado libro. Le estampó una dedicatoria: "A Alfonso Guerra con cariño en la fiesta de Hanuka 1987 y como expresión sincera de fidelidad amical en la solidaridad de partido". Y firmaba: "Fernando Múgica, diciembre 1987". Pero después reflexionó y comprendió que aquel libro le ayudaba a comprender a su pueblo de origen, y decidió continuar con su posesión; y no me lo entregó. Yo estaba ignorante del impulso primero y del arrepentimiento. Pero la semilla de Fernando en cuanto a entendimiento de vida fructificó, y tras su muerte, José María –su hijo– me dio cuenta del hecho y me entregó el libro que conservo con emoción.

Dejadme hacer a su manera un homenaje a Fernando, como a él creo que le hubiera gustado. En todas las epopeyas que contribuyen a exaltar o a formar a los hombres, existe una hora en la que el destino vacila en la encrucijada. Es la historia de Israel. Bien sabéis que en

nombre de un coraje nacido en los campos de Palestina, en una Jerusalén deseada por los unos y los otros, y en la soledad siempre amenazada de las granjas del desierto del Neguev, judíos y árabes libran sin esperanzas los últimos combates. El nuevo lenguaje del combatiente, el más sencillo y el más grave, porque es el de todos los días, es el del poema en el que el poeta Alterman contesta a la amarga frase de Weizmann cuando dijo: "A un pueblo no se le ofrece un Estado en bandeja de plata", y contestó el poeta con estos versos:

*Y será la paz en el país
e Israel en pié -el corazón agujereado, pero respirando-
esperará el milagro
el único, semejante a ninguno.
Entonces, de frente aparecerán
una muchacha y un muchacho
y con pasos lentos marcharán al encuentro de Israel.
Con sus vestidos de diario y su cinturón,
con sus pesados zapatos,
subirán por el sendero-
silenciosos.
Se acercarán en silencio,
y se detendrán y se pondrán firmes.
Y ningún signo dirá si son seres vivos o fusilados.
Israel entonces preguntará, bañado de encanto y lágrimas:
"¿Quiénes sois?"
Y ambos, apaciguados, le contestarán:
"La bandeja de plata en la cual se te ha dado el Estado judío."

Y caerán a sus pies en la sombra,
y el resto será contado en la Historia de Israel."*

He querido, al leeros este poema, rendir un homenaje de cariño al amigo Fernando, con quien recorrí los paisajes de Israel que él amaba. Y con quien dialogué y discutí hasta la extenuación de árabes y judíos. Nosotros, los que estamos aquí, la familia, los amigos, compañeros, hemos aprendido la verdad a un alto coste; a través de la sangre

vertida por una causa noble. Luces de esta mañana, decid a todos que el gran cortejo de la muerte de ayer, hoy hace quince años, nos recuerda vigilante el compromiso con el amor y la vida, el juramento contra la violencia y el terror. La gloria encuentra en el ultraje su supremo esplendor. Y esta gloria se dirige a una obra, la de Fernando, más que a su brillo personal, al que tenía escasa afición. Con qué se haría la nobleza de un pueblo si no es con la de aquellos que nos la han concedido. Si algo nobles somos, no tened duda: a Fernando Múgica y a otros lo debemos. Descanse en paz, y nosotros, querido Fernando, recordádot.

Muchas gracias.